

Nichole Arel, excristiana, Estados Unidos



A me nudo me encuentro reflexionando sobre lo bendecida que soy. La vida que llevo ahora es completamente distinta de la que esperaba llevar hace apenas un año: mis primeros pensamientos al despertar por las mañanas, el camino que imagino en la vida, y especialmente mi corazón y mi alma. Nunca habría soñado que en menos de un año mi vida cambiaría de formas tan inesperadas. No solo eso. El camino que he tomado me lleva a caminos que ni siquiera sabía que existían. De hecho, dónde comienzas tu viaje no es un indicativo de dónde terminarás.

Cuando era niño, me encantaba que me llevaran a la iglesia. El sentimiento de comunidad y de adoración fascinaba mi mente. Añoraba la sensación de acercarme a Dios incluso antes de poder formar tales pensamientos en mi propia mente. Algo incomprensible sostenía mi joven alma en una mezcla de asombro y temor, tanto que me habitué a despertar a mi padre cada domingo para pedirle que me llevara a la iglesia.

Lamentablemente, mi familia era como muchos cristianos estadounidenses promedio, que se conforman con llamarse religiosos solo por asistir a misa dos veces al año, en navidad y el Domingo de Resurrección. Así que crecí acostumbrada a escuchar la frase “hoy no, quizás la próxima semana”. Decepcionada y enfadada, regresaba a mi cuarto y esperaba que llegara el siguiente domingo, solo para repetir el proceso decepcionante de nuevo.

Al crecer, aprendí a dejar de pedir ya que mis intentos habían sido todos en vano. Me contentaba con pasar todo mi tiempo libre leyendo en soledad, generalmente libros de culturas y religiones de todo el mundo. Al aprender más sobre la historia de mi religión, el catolicismo, rechacé su condena de cuestionar la doctrina. “De seguro esta no puede ser la secta correcta del cristianismo”, pensé.

El tiempo pasó y aún no hallaba la religión que parecía hablarle a mi corazón. Quizás esperaba encontrar algo que me inspirara los mismos sentimientos que tuve

cuando niña en la iglesia, aunque sabía que era un deseo ingenuo. El distanciamiento de la religión solo ocurre cuando uno comienza a entender las afirmaciones y contradicciones de la religión.

No podía aceptar en mi mente la doctrina de la Trinidad, no importaba cuánto lo intentara. No podía entender cómo se suponía que creyera en conceptos que eran incomprensibles. Me enfurecía que la razón no tuviera lugar en el cristianismo y que el acto de cuestionar la doctrina fuera considerado una señal de debilidad en la fe. ¿Cuál podía ser entonces la razón por la que Dios le dio al ser humano la capacidad de razonar?

Finalmente me rendí y supuse que nunca encontraría la verdad. Me resigné a creer que había un Dios, pero que los humanos nunca seríamos capaces de conocer la naturaleza de Dios o la religión verdadera para el hombre, hasta que nos encontráramos con Él un día.

Viví muchos años con esta creencia hasta muy recientemente, cuando pareció que algo inexplicable me impulsaba de nuevo a mi búsqueda de la verdad. Esta urgencia era más bien una voz, pero no en el sentido normal. Era un fastidio insistente que nunca me dejaba en paz, sin importar lo que hiciera para ahogarlo.

Naturalmente, compré una Biblia para leerla, pensando que la verdad debía estar oculta entre sus páginas. Quizás solo se me había escapado todos esos años. Esto fue lo más cercano a la verdad que jamás pude haber imaginado.

Durante mi lectura de la Biblia me obsesioné con los eventos actuales del mundo. Estuve dedicando todo mi tiempo libre entre escribirles cartas a los oficiales de mi gobierno pidiéndoles por los derechos de los palestinos y los sudaneses, así como en contra de las guerras que ocurren por todo el mundo, y leyendo acerca de las sectas del cristianismo.

Planeé ofrecirme como voluntaria en Palestina si lograba reunir el dinero para viajar allí. Naturalmente, considerando la confusión en la región y mis planes de viaje, parecía ser necesario que leyera acerca del Islam y que entendiera la fe de la gente a la que quería ayudar.

Me cautivó lo que leí sobre la fe musulmana. El concepto de Un Dios, no una trinidad, la reverencia por todos los profetas, misma que no encontré en la Biblia, los aspectos científicos del Corán y las facetas totalizantes del Islam, el respeto por las madres, la santidad de la familia. Esta fue la única religión que encontré que tiene sentido para una mente racional y, sin embargo, sigue llena con el misterio de Dios.

Pero el Islam tenía que ser una religión árabe, ¿cierto? No puede ser la fe por la que se decantan las mujeres jóvenes estadounidenses, ¿verdad? Pronto descubrí que el Islam es la religión de más rápido crecimiento en el mundo, que la mayoría

de los musulmanes no son árabes, y que el Islam en Occidente crece más rápidamente en el grupo demográfico de mujeres blancas jóvenes.

El pensamiento de apartarme realmente del cristianismo, sin importar cuán poco sentido tuviera esta religión para mí, era aterrador y confuso. Decidí asistir a una iglesia no confesional los domingos y dedicarle más tiempo a leer la Biblia. Recé para encontrar lo que buscaba, pero todo lo que me llegó fue más confusión. Aún no podía aceptar la Trinidad y me impresionaba no poder encontrar ni un solo pasaje en la Biblia donde Jesús hubiera proclamado que él era Dios.

¿Cómo podríamos proponer pensar que Dios vendría a la Tierra para morir por nuestros pecados? ¿Cómo podría explicar los paralelos chocantes de la doctrina cristiana con los mitos paganos de la época en que el cristianismo se difundió rápidamente durante el Imperio Romano? ¿Y la afirmación cristiana de que podemos llevar la vida que queramos y aun así ir al Paraíso siempre que creamos en Jesús? ¿Qué se supone que significa que Jesús supuestamente gritó que Dios lo había abandonado, si decimos que Jesús era Dios encarnado? ¿A quién se refieren los pasajes en los que se dice que Jesús enviaría a un “Consolador” después de él? ¿Quién fue el “Espíritu de Verdad” que fue profetizado que vendría después de Jesús?

Estaba abrumada por las preguntas que me afligían, así que hice lo inevitable. Mientras estaba en mi trabajo, oré a Dios para que me mostrara el camino religioso que debía seguir. Si se suponía que fuera musulmana, ¿Dios me enviaría alguna señal?

Entonces agarré mi bolso y bajé por mi auto en el estacionamiento. Para mi sorpresa, había una mujer musulmana de pie al lado de mi carro buscando sus llaves. ¿Esta podría ser la señal por la que estaba rogando? “Imposible”, dijo mi mente, pero decidí no perder esta oportunidad y me acerqué a ella.

“Señorita, ¿puedo preguntarle algo? Usted es musulmana, ¿cierto?” Ella pareció estremecerse mientras esperaba el típico comentario ignorante que es tan común entre la gente que, por lo general, no tiene conocimiento de culturas o religiones distintas. “Sí, lo soy”, contestó. Le pregunté si asistía a la mezquita que yo conocía. Le dije brevemente que me parecía que el Islam era la única religión que tenía sentido para mí. Ella insistió en que fuera a la mezquita de camino a casa, pero le dije que quería primero leer el Corán.

Mientras iba en mi auto hacia mi casa, me encontré a mí misma estacionando frente a la mezquita. Pensé momentáneamente que eso podía ser otra señal, pero de nuevo, mi mente se negó a creerlo. Caminé por la puerta, temblando como una hoja mientras me decía a mí misma que debía regresar al carro e irme a casa tan rápido como pudiera. Pero en lugar de eso, mis piernas me llevaron hacia adelante, sin prestarle atención a las órdenes de mi cerebro.

Cuando encontré el camino a la sección de las mujeres, fui recibida por la cara más alegre que jamás haya encontrado. ¡Esta mujer musulmana era de mi edad y era una estadounidense conversa! No solo eso, sino que ella y yo teníamos el mismo nombre, y cuando comparamos nuestros pasados y vidas familiares, encontramos similitudes innegables. Sobra decir que declaré mi *Shahadah* ahí en ese día, sin saber que mi futuro esposo estaba en la mezquita en ese mismo instante, *Alhamdulillah*.

Un par de meses después de declarar mi *Shahadah*, me sentí lo suficientemente conocedora y firme en mi religión como para darle por fin la noticia a mi padre y a mi madrastra. Mi padre respondió diciendo que como cristiano perspicaz, podía decirme que estaba cometiendo un error. No me molesté en indicarle que él no practicaba su religión y que su rabia hacia el Islam y sus prejuicios contra los musulmanes se basaban en concepciones erradas. Solo me mordí la lengua por la causa de Dios.

Mi padre se negó a comunicarse conmigo desde entonces, excepto cuando le envié un correo electrónico contándole que me había casado: ese día me respondió que estaba muerta para él y que no lo contactara de nuevo. Aún le escribo a mi madrastra para mantenerme en contacto con la familia, pero mi hermano, mi padre y mis antiguos amigos han cortado todo contacto conmigo.

Pasé el siguiente año creciendo en mi nueva religión, obteniendo conocimiento de donde me es posible, y tratando de difundir el mensaje que me ha dado tanta paz y alegría. Estoy en el proceso de aprender árabe y a recitar el Corán, y trato de ser una buena esposa musulmana.

Mi vida no se parece en lo absoluto a la vida que tenía antes. Paso mis días estudiando los mandamientos de Dios, la vida del Profeta, y todo lo que se me pide para ser una buena musulmana. Como musulmana, encuentro mucha paz en cada día, tanta que incluso si el Paraíso no fuera la recompensa por las obras buenas, aún estaría agradecida por la alegría que viene de vivir una vida dedicada a Dios.

Dije al comienzo que el camino que llevas no indica en dónde vas a terminar, y que la vida no está solo llena de sorpresas, sino que puede cambiar totalmente hasta hacerse irreconocible. A veces esos cambios pueden ponernos pruebas, pero muy a menudo la persona que sobrevive a estas pruebas es bendecida con más de lo que es posible soñar. En mi caso, fui bendecida con el Islam y no solo con una buena vida, sino con esperanza para el más allá. Dios es el Más Generoso, y el Más Misericordioso.